

## DESCUBRIENDO HISTORIAS: LAS RUINAS DE LA MEMORIA Y LA *BOMBENKRIEG*

WILLIAM RASCH, PhD \*

(TRADUCIDO POR ANABEL TORRES Y ÓSCAR GUARDIOLA-RIVERA)

### RESUMEN

En este importante ensayo, leído recientemente por el autor ante una audiencia reunida en Barcelona para estudiar los retos actuales de la seguridad mundial, WILLIAM RASCH reconstruye ciertas ideas actuales acerca de la guerra global y encuentra su genealogía primera en el clima de posguerra de la Alemania ocupada. RASCH se ocupa en particular de la idea reciente según la cual estaríamos presenciando una transformación capital en la estructura de la guerra, con resultados imprevisibles en el campo de las relaciones internacionales y el derecho internacional del siglo XXI. Al hacerlo, redescubre la conexión entre estas transformaciones supuestamente recientes y la “guerra de bombardeo” o *bombenkrieg* de la II Guerra Mundial,

febrero Fecha de recepción: 7 de abril de 2006  
Fecha de aceptación: 31 de marzo de 2006

---

\* Professor of Germanic Studies, Indiana University. Autor de *Sovereignty and Its Discontents. On The Primacy of Conflict and the Structure of the Political*, Cavendish/Birkbeck Law Press, Londres, 2004.

y su ambigua recepción por una estructura de comunicación mediática complaciente. Como resultado de lo anterior, el lector se encuentra a sí mismo a caballo entre Bagdad o Putumayo, y Dresde o Berlín con sorprendentes e inquietantes consecuencias. Se publica aquí, con permiso del autor, a la manera de una advertencia frente a los debates sobre guerra y paz que hoy tienen lugar en Colombia.

*Palabras clave:* guerra de bombardeo, ruinas de la memoria, trabajo de duelo, culpa y responsabilidad en ambientes de posconflicto, victimización, perspectivas planetarias.

### *UNCOVERING THEIR STORIES: THE RUBBLE OF MEMORY AND BOMBING WAR*

#### *ABSTRACT*

*In this brilliant essay, WILLIAM RASCH traces current ideas about global war to their first installment in the post-war climate of occupied Germany. RASCH takes issue, in particular, with the current transformation in the nature of war — so called zero casualties war or war at a distance—, hailed as the most important transformation in the field of international relations and international law in the 21<sup>st</sup> century, and rediscovers its articulation with the carpet bombing (bombenkrieg) of World War II and its reception by an all too complacent media. As a result, the reader finds him/herself traveling back and forth between Baghdad or Putumayo and Dresden or Berlin, with unsettling consequences. We publish it here as a warning, in the war-peace debates now ravaging Colombia.*

*Key words:* bombenkrieg, memory ruins, economic miracle, work of mourning, guilt and responsibility in post-war, victimization, planetarity.

## SUMARIO

1. Alemania 1945: los campos
2. Alemania 1945: las ciudades
3. El sonido del silencio

En la maravillosamente satírica película de BILLY WILDERA *Foreign Affair* (1948), cuyo tema es la ocupación norteamericana de Alemania durante la posguerra, el coronel Plummer, un oficial del ejército estadounidense proveniente de Indiana, recorre una Berlín destrozada por las bombas en misión de verificación junto a un grupo de congresistas. Aunque la severa congresista Frost intuye a cada paso inquietantes señales de fraternización entre los soldados y las alemanas (incluida la visión de una mujer empujando un cochecito de bebé típicamente alemán, adornado con dos flamantes banderas de Estados Unidos de América batiendo el viento, con un extraño parecido a coches de más nueva data que celebran el apoyo a las tropas de EE.UU. en Irak), los congresistas varones observan entusiasmados a los chicos jugando béisbol entre las ruinas. “Éste es uno de nuestros clubes juveniles”, explica el coronel Plummer:

“Aquí en la zona americana hay muchos jóvenes como éstos. Tenemos un gran problema entre manos. No eran chicos comunes y corrientes cuando llegamos. Eran viejos amargados. Estamos intentando que vuelvan a ser jóvenes. Hemos debido quitarles su pausado andar de ganso, curarlos de su obediencia ciega y enseñarles a reñir con el árbitro<sup>1</sup>. Y si quieren robar base mientras juegan al béisbol, nos aseguramos que solamente lleguen hasta la segunda”.

---

1 WILDER, nacido en Austria, que dominaba perfectamente los matices del inglés americano, utiliza de manera incongruente la palabra *referee* donde cabría decir *umpire*. Aparentemente el coronel Plummer no se atrevió a corregirlo.

Tras una pausa y el estrafalario comentario de otro congresista (“Cuando menos no hay que preocuparse de que ¡rompan las ventanas!”) Plumier concluye:

“Una familia ya bautizó a su hijo DIMAGGIO SCHULZ. En ese momento comencé a creer que en verdad habíamos ganado la guerra”.

La escena termina con una acalorada controversia entre el *umpire*, los jugadores y los congresistas acerca de si en efecto se había convertido una carrera o si el jugador debía salir ponchado.

Aunque el béisbol bien puede ser el único aspecto de la vida norteamericana que *no logró* capturar la imaginación alemana, la imagen de estos jóvenes alemanes cambiando sus uniformes de la juventud hitleriana por el más variopinto uniforme de pelota caliente, el juego representa la parábola suprema de la reeducación y democratización de un pueblo que deja atrás los hábitos mentales promovidos por una ideología caída en desgracia y los efectos físicos y morales causados por una guerra llevada a cabo en forma brutal. Desde la perspectiva de más de medio siglo después, no es de extrañar que la reeducación adoptara el uniforme de algo tan esencialmente americano como lo es el béisbol, o que de hecho la democratización fuese vista como algo equiparable a la americanización. Quizá no fuese tan sencillo como entrenar las piernas, previamente extenuadas de tanto marchar, en el delicado arte de deslizarse hasta el plato, o adoptar el mote de “DIMAGGIO”, pero cualquiera que visite Alemania hoy en día verá de inmediato las señales visibles del éxito: desde los títulos americanos de las películas (a menudo sin traducir) en casi todas las marquesinas de los teatros, la música americana o inspirada en América que suena de manera incesante en la radio, los clubes nocturnos y los estadios al aire libre, y la presencia omnipresente de palabras y frases en inglés donde antes el flexible idioma alemán solía bastarse a sí mismo, hasta el espectáculo de la juventud alemana actual, ya para nada “viejos amargados” con andar de ganso, sino jóvenes que pasean ufanos sus liberadas humanidades *hip hop* en las pistas de baile y las plazas de pueblo.

Sin embargo todo lo anterior no ha ocurrido de la noche a la mañana. Como mostraron las encuestas militares estadounidenses<sup>2</sup>, a pesar del Berlin Air-Lift, Hollywood, Coca-Cola y el *rock-'n'-roll*, el sentimiento antiamericano persistió en Alemania hasta la construcción del muro de Berlín (1961) y la visita del juvenil presidente JOHN F. KENNEDY (en 1963), cuyo conmovedor aunque gramaticalmente espinoso juramento a la ciudad de Berlín fuese tan bien recibido y apreciado en aquella época de tensiones. La reacción inmediata de la generación de la guerra fue sobrevivir, olvidar y seguir adelante. De hecho, como sostuvieron muchos de los *rubble films* hechos justo después de la guerra, la capacidad para olvidar y reprimir las desagradables experiencias vividas tanto en el frente de batalla como en el “frente doméstico”, fue prerequisite para soportar las condiciones de la posguerra entre las ruinas urbanas alemanas, a menudo tan desagradables como las de la guerra, y enfrentar un futuro material y político por completo incierto. La recompensa a la diligencia de los alemanes, basada en una forzosa represión de la memoria, fue el llamado “milagro económico” que prosiguió a la reforma monetaria de 1948 y condujo a la reincorporación del Estado alemán al seno de una Europa occidental igualmente revivida. En otras palabras, la recompensa al olvido alemán fue el comienzo de la americanización tan evidente hoy en día. El precio pagado, sin embargo, ha sido la muy maligna incapacidad alemana para trabajar sus duelos; es decir, la aparente falta de voluntad alemana, cuando no su negación abierta, a aceptar la responsabilidad incondicional por las horrorosas brutalidades de la guerra en particular, y de la era nazi en general, sobre todo en lo referente a la expulsión, expoliación y el eventual asesinato de millones de judíos europeos en nombre del torcido deber de “mejorar” el mundo destruyendo sus “alimañas”. Por encima de todo, por lo menos hasta

---

2 Para un análisis sucinto, véase GEYER, MICHAEL, ‘*America in Germany. Power and the Pursuit of Americanization*’, en: *The German-American Encounter. Conflict and Cooperation between two Cultures 1800-2000*, eds. FRANK TROMMLER y ELLIOTT SHORE, Nueva York, Oxford: Berghahn, 2001: 121-44.

que cada uno de los dos nuevos estados alemanes fuese reclutado a las filas de los dos imperios rivales de la guerra Fría y rearmado para el combate a mediados de los cincuenta, la reeducación para los aliados ocupantes, y en especial para los americanos, consistió en restregar gráfica y repetidamente con la enormidad de sus culpas, las retinas y las conciencias de los alemanes a través de fotografías, películas y programas radiales. Es indiscutible que el mensaje caló de manera bien profunda. La manera en que ocurrió dicho proceso y las razones que lo habrían justificado continúa siendo motivo de intenso escrutinio y debate.

## 1. ALEMANIA 1945: LOS CAMPOS

Es posible que la renuencia de los alemanes a enfrentar su participación en los eventos del pasado inmediato haya sido exagerada por la frustración, e incluso el prurito autocomplaciente de las generaciones posteriores, pero no cabe duda que dicha renuencia existe. Las investigaciones efectivas y la formulación de cargos contra individuos específicos por parte de los sistemas legales de Alemania Occidental con relación a las acciones cometidas durante la guerra, sólo se pusieron en marcha al ser arrestado, juzgado y ejecutado ADOLF EICHMAN en Israel a comienzos de los años sesenta<sup>3</sup>. Y tan sólo bien

---

3 Permitamos que HANNAH ARENDT nos lo recuerde: “SCHÜLE, la agencia central de investigación de los crímenes nazis, fundada bastante tarde en 1958 por el Estado de Alemania Occidental, y dirigida por el fiscal ERWIN SCHÜLE, había tropezado con toda clase de obstáculos, causados en parte por la falta de voluntad de las cortes locales para formular acusaciones basadas en el material que les remitía la Agencia Central. No es que el juicio en Jerusalén arrojara importante evidencia nueva de la clase que se necesitaba para descubrir a los secuaces de EICHMANN, sino que la noticia de la sensacional captura de EICHMAN y del juicio por celebrarse tuvieron suficiente repercusión como para persuadir a las cortes locales a utilizar los hallazgos de SCHÜLE, así como a vencer la renuencia doméstica a hacer algo sobre los “asesinos que se encuentran entre nosotros” a través del consagrado método de ofrecer recompensas por la captura de criminales famosos.

Los resultados fueron sorprendentes. Siete meses después de la llegada de EICHMANN a Jerusalén —y cuatro meses antes de que comenzara su juicio— RICHARD BAER, sucesor de RUDOLF HÖSS como comandante de Auschwitz, fue arrestado finalmente.

entrados en los sesenta, la generación de artistas e intelectuales que alcanzara la mayoría de edad durante la guerra o justo después de ella comenzaron a explorar en forma directa y a menudo experimental temas como la culpa, la responsabilidad, y quizás el más inquietante de todos, el consentimiento implícito<sup>4</sup>. La situación en la Alemania de ADENAUER era tal que incluso las manifestaciones de culpa y remordimiento de la juventud alemana, hechas aparentemente con buena intención, elucidaban una respuesta cáustica. Sobre la reacción de MARTIN BUBER al veredicto en el caso EICHMANN, la acertada y meticulosa HANNAH ARENDT afirmó lo siguiente:

“MARTIN BUBER llamó la ejecución “un error de dimensiones históricas”, puesto que puede “servir para expiar la culpa sentida por muchos jóvenes en Alemania” —argumento que curiosamente hacía eco a las ideas del propio EICHMANN sobre el tema, aunque BUBER no sabía que éste [EICHMANN] había deseado ahorcarse en público él mismo, para quitar de los hombros de la juventud alemana la carga de la culpa. (Es extraño que BUBER, no sólo un hombre eminente sino de gran inteligencia, no viera lo intrínsecamente falaces de estos sentimientos de culpa tan publicitados. Resulta en extremo gratificante sentirse culpable si uno no ha hecho nada malo en realidad: ¡qué noble! En tanto que es bastante más difícil y ciertamente muy deprimente admitir una culpa y arrepentirse. La juventud de Alemania está

---

En rápida sucesión, la mayoría de los integrantes del llamado Comando Eichman también fueron detenidos —FRANZ NOVAK, que vivía como impresor en Austria; el Dr. OTTO HUNSCHKE, quien practicaba el derecho en Alemania Occidental; HERMANN KRUMEY, que se había convertido en farmacéuta; GUSTAV RICHTER, antiguo “asesor judío” en Rumania; y WILLI ZÖPF, que había desempeñado el mismo cargo en Ámsterdam. Aunque evidencia en contra de éstos había sido publicada en Alemania años atrás, tanto en libros como en artículos de revistas, ninguno había necesitado vivir bajo un nombre falso. Por primera vez desde que terminó la guerra, los diarios alemanes estuvieron repletos de informes detallados sobre los juicios a los criminales nazis, todos ellos genocidas —y la renuencia de las cortes locales a perseguir sus crímenes sólo se puso en evidencia a la hora de anunciar sentencias fantásticamente indulgentes a los acusados”. HANNAH ARENDT, *Eichmann in Jerusalem. A Report on the Banality of Evil*, Penguin, Nueva York, 1994 [publicado originalmente en 1963], págs. 14-15.

4 Aquí nos referimos a ROLF HOCHHUTH, *Der Stellvertreter*, Peter Weiß: *Die Ermittlung*, y algo después a HEINAR KIPPHARDT, *Bruder Eichmann*.

rodeada por todos los costados, todo el espectro poblacional, por hombres que ocupan posiciones de autoridad y cargos públicos que de hecho son bastante culpables pero no *sienten* culpa alguna. La reacción normal a este estado de cosas debería ser de indignación, pero la indignación encierra un riesgo muy grande— no un riesgo para la vida y la integridad física sino un obstáculo definitivo para la carrera profesional. Estos alemanes y alemanas jóvenes que de vez en cuando —más precisamente durante el barullo creado por el *Diario de Anna Frank* y el juicio de EICHMAN— manifiestan estallidos histéricos de remordimiento, no tambalean bajo el peso del pasado, cargando con la culpa de sus padres; no, más bien lo que intentan es evadir con su actitud la presión de problemas muy actuales y evidentes, apoyados en un sentimentalismo barato”<sup>5</sup>.

Parézanle o no justos estos cargos al lector contemporáneo, el escepticismo de ARENDT, igualmente frío, puede, no obstante, servir para corregir la mar de clichés surgida durante los últimos 40 años frente al silencio y la culpabilidad alemanes. Porque, a medida que presenciamos las monótonas letanías de la culpa alemana y los ritos de remordimiento colectivo que se han ido convirtiendo en parte tan integral de la vida pública germana, deberíamos recordar cómo, tan sólo pocos años después de publicadas las observaciones de ARENDT, esos mismos “jóvenes” alemanes se las arreglaron para cortar con hoja de acero su “sentimentalismo”, y durante su posterior “largo recorrido por las instituciones”, cómo fue que “la generación del 68” supo forjar carreras bastante provechosas a partir de su indignación. Tan justa y necesaria como haya sido “la expiación”<sup>6</sup> de los pecados de sus padres, quizá ha llegado la hora de examinar y recontextualizar, en forma muy meditada, las múltiples versiones en torno a la amnesia alemana.

---

5 ARENDT, EICHMANN, pág. 251.

6 El autor utiliza en el original un término que aduce de manera literal a la acción de salir o escapar. Hemos preferido sin embargo utilizar el término “expiación” por considerar que expresa tanto el sentido de abandono de la culpa como el de pago definitivo de una deuda, este último bien problemático desde el punto de vista ético-político. Es este sentido de problematicidad, y su relación con el trabajo de duelo, el que desea comunicar el autor. Véase al respecto JACQUES DERRIDA, *Specters of Marx*, Routledge, London, 1993. (N.de los T.).



La tan cacareada evasión de responsabilidades de los alemanes frente a las siniestras acciones cometidas por lo general ha sido atribuida a las peculiaridades del alma de este pueblo o a su historia. Su “incapacidad para expresar duelo” por las víctimas de un sistema que ellos mismos respaldaron, fue promulgada con bombo en modalidad freudiana por los MITSCHERLICHs en 1967<sup>7</sup> y ha sido repetida con frecuencia desde entonces. Otros aducen que no importa cuáles hayan sido los enormes obstáculos psicológicos para lidiar con el pasado, que ya hacían parte del carácter del *Volk* alemán, dichas renuencias fueron fomentadas, cuando no causadas, por un desarrollo histórico frenado de manera singular, y por tanto desigual, al menos si se lo compara con el estándar normativo establecido en las naciones anglosajonas. Dicho punto de vista constituye la tesis de la famosa *Sonderweg* (la “senda de la ilustración”)<sup>8</sup> alemana, promovida por aquellos filósofos sociales, historiadores y publicistas alineados con la versión particularmente rígida y normativa de un “proyecto ilustrado”, más íntimamente asociada al trabajo de JÜRGEN HABERMAS. Dicha tesis continúa siendo ferozmente defendida a pesar de que los últimos 25 años de investigación británica y americana la contradicen de forma rotunda<sup>9</sup>.

---

7 ALEXANDER y MARGARETE MITSCHERLICH, *Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Piper, Manchen, 1967.

8 Hemos preferido esta traducción con el fin de enfatizar la relación que el autor establece entre el proyecto de hacer caminar al pueblo alemán por la senda de la ilustración, con el fin de que por fin pague su deuda y expíe su culpa, y la concepción desarrollista del tiempo y la historia que se encuentra en la base del liberalismo económico-político, y que se expresa en términos tan corrientes en nuestro lenguaje cotidiano como “desarrollo” o “progreso”. En este punto la temática desarrollada por RASCH conecta la historia del pueblo alemán de la posguerra con la cuestión, central también en la teorización latinoamericana, del llamado “desarrollo desigual” y la acumulación primitiva. En este sentido, el término alemán *Sonderweg* podría ser interpretado también como “en vías de/vía de desarrollo” (N. de los T.).

9 La tesis de la *Sonderweg* se apoya en la teoría normativa de la modernización y atribuye el auge del nacional socialismo al desarrollo desigual o lento de la burguesía alemana durante el siglo XIX. La tesis misma constituye la inversión de un *Sonderweg* alemán previo, chovinista, que aducía la superioridad de valores e instituciones alemanas culturales supuestamente singulares, en comparación con la

Recientemente, DAGMAR BARNOUW nos ha ofrecido *no* simplemente una teoría más sobre la doble culpa de Alemania —el pecado original de comisión seguido por el de omisión— sino más bien una reflexión apasionadamente analítica sobre la ambigüedad moral de las demandas y expectativas de los aliados (en especial de los americanos) y las dificultades morales y psicológicas a las que se viera abocada una población en estado de *shock*, exhausta, desencantada, desilusionada, exilada y hambrienta, como para aceptar su propia complicidad en hechos que ya no podía comprender. En su *Germany 1945*<sup>10</sup>, el razonamiento de BARNOUW es matizado por la documentación que examina la autora: las fotografías tomadas por fotógrafos aliados y alemanes, las leyendas asignadas a dichas fotografías en las revistas y libros recopilados durante la época y en décadas posteriores, los tratados gubernamentales y periodísticos que abordaban la “cuestión alemana” y la reeducación, y los diarios de civiles alemanes, sobre todo mujeres, que plasmaron en forma escrita sus experiencias y reacciones durante el verano y otoño de 1945 posterior a la guerra. Contrastando con el mensaje de muchas de las leyendas y con la probable intención de muchas de las fotografías, en el sentido de formular cargos contra la población, la lectura que hace BARNOUW de estas imágenes las deja abiertas a interpretaciones múltiples, incluso contradictorias entre sí. La autora enfatiza dicha multiplicidad en apariencia caótica de reacciones posibles en y hacia una población confundida, no para exonerar a los hombres y mujeres alemanes que fueron adultos responsables durante los años del nazismo, sino para intentar desarrollar posibles narrativas de su experiencia comparándola con las expectativas forzadas sobre ellos por quienes llegaron a ocuparlos.

---

superficialidad de la “civilización” francesa e inglesa. Para consultar la poderosa crítica inicial de la historiografía del *Sonderweg* alemán de los sesenta y más adelante, véase BLACKBOURN, DAVID, y GEOFF ELEY, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*, Oxford, Nueva York: Oxford UP 1984.

10 BARNOUW, DAGMAR, *Germany 1945: Views of War and Violence*, Bloomington, IN: Indiana UP 1996.

La sensación de *shock* experimentada ante lo que se encontraba frente a los ojos y lo que podía escucharse, el hedor que emanaba de los más de 300 campos de concentración liberados en los últimos días de la guerra, incitó a los aliados a hacer visible ese enorme cuerpo de miseria humana ante los alemanes que apoyaron fuera activa o pasivamente al régimen, es decir, a la ciudadanía en general y a los responsables directos. La gente de los pueblos y aldeas adyacentes a los campos fue obligada a “ir de paseo” a los campos y a enterrar a los muertos. No sólo se fotografiaron y filmaron los campos liberados, sino que más adelante se hicieron fotos y películas de los alemanes expuestos a las escenas de muerte y degradación. Dichas fotos, fijas y en movimiento, fueron distribuidas de inmediato tanto en Alemania como en el extranjero, para contar lo que los alemanes habían cometido. BARNOUW alude al desencanto que mostraban los comentaristas aliados frente a las reacciones alemanas. Fue como si esperaran una prueba palpable e instantánea de la culpa y el remordimiento (como quiera que les pareciera debería manifestarse en términos de expresión facial y lenguaje corporal). En su lugar, lo que los comentaristas aliados vieron en los rostros alemanes fue sólo *shock*, horror, repulsión, sorpresa y confusión. Y en respuesta a sus acusaciones, los aliados escucharon en forma reiterada la frase que ha sido fuente de ridiculización desde entonces: “Nosotros no sabíamos”. BARNOUW es muy perceptiva al abordar esta justificación. Claro que sabían de la existencia de los campos de concentración, de la desaparición de su vecino o del tendero de la esquina; claro que circulaban rumores, o sabían de alguien que conocía a alguien que sabía algo; claro que escuchaban, o podían haber escuchado, los horrores provenientes del Este que narraban sus maridos y sus hijos; y claro que deberían haber hecho algo, así como nosotros deberíamos tener el coraje de hacer más de lo que hacemos acerca de las maldades que nuestros propios líderes nos ocultan. Pero lo que no sabían era lo que estaban viendo, y oliendo, en ese momento; no habían sabido nunca lo terrible que era todo aquello porque no se lo habrían podido imaginar jamás, ni tratando

de imaginarlo. Y lo que sabían ahora, en 1945, o vislumbraban en 1943 y 1944, tampoco era lo que sabían en 1933 ó 1936<sup>11</sup>.

¿Empero, qué se puede decir del famoso silencio alemán? BARNOUW ve una relación simbiótica entre el escepticismo de los aliados y la cautela alemana. Ella relata una conversación entre HANS SPEIER, un emigrante alemán que regresa a Alemania en 1945 como parte de las fuerzas aliadas ocupantes, y se topa con viejas amistades. “Como todos sus compatriotas”, escribe BARNOUW,

“esta gente, ‘buenos alemanes’ en muchos sentidos, le parecía simplemente ‘confundida, mal informada, y terriblemente ansiosa por hablar de sus propios problemas’. SPEIER pensaba que ellos estaban ‘completamente desacostumbrados a tener discusiones’; cuando les contradecían ‘guardaban silencio o se disculpaban, como si de repente cayeran en cuenta, atemorizados, de lo mucho que ahora dependían de sus amigos americanos’ (21-22). Su reticencia estaba presuntamente conectada a su incapacidad para librarse del embrujo del totalitarismo. Sin embargo, como mostraron claramente las reacciones del mismo SPEIER, los norteamericanos no deseaban lidiar con alemanes que contradijeran las opiniones de los vencedores y tampoco estaban de humor para siquiera pensar en cambiar de opinión”<sup>12</sup>.

Al no cumplirse las expectativas norteamericanas; al no cumplirse la simple verificación de las opiniones preconcebidas, se dio por sentada la patología alemana. Quizá fuese comprensible, sobre todo para un emigrante antes obligado a exiliarse, que la idea de conversar las cosas no fuese vista con simpatía si ello exigía un esfuerzo interpretativo, o que los interlocutores victoriosos experimentaran la más leve comprensión teñida de empatía. “La mayoría de los observadores externos”, concluye BARNOUW,

---

11 Véase, por ejemplo, BARNOUW, *German, 1945*, págs. 38-40.

12 BARNOUW, *Germany 1945*, pág. 142; las citas sobre SPEIER están tomadas de HANS SPEIER: *Social Order and the Risks of War*. Cambridge, MA: MIT Press 1969.

“no tuvieron en consideración la experiencia temporal, gradualmente cambiante que atravesaron los alemanes durante el Tercer *Reich*. Viendo en retrospectiva cómo habían sido antes, los alemanes tenían que hacerse estos interrogantes no tanto en términos morales estáticos —por ejemplo, si deberían haber actuado de otra manera— sino en términos psicológicamente flexibles de viabilidad —si habrían tal vez podido comportarse distinto—. Estas preguntas debían incluir su percepción anterior de las condiciones anteriores: podrían haber parecido innecesarios los compromisos hechos entonces, en términos de la forma como era su existencia entonces. Y, aún más importante, pero todavía más precario, ¿no habrían podido ver, llegado cierto punto, que las cosas parecían distintas y que por lo tanto (*sic*) ya no podían darse el lujo de mirar para otro lado? Sin embargo, bajo la mirada vigilante del vencedor, de SPEIER, no les era permitido titubear sino que se esperaba de ellos que abrazaran los términos bajo los cuales estaban siendo juzgados en ese momento, y reconocieran lo desastrosamente equivocados que habían estado desde el comienzo. En la ausencia de una discusión completa sobre dichos términos —comprensible ausencia dado el alcance de la agresión y de la posterior derrota— a estos interrogantes los remplazaba a menudo una responsabilidad ordenada y aceptada colectivamente en forma sumaria —y por extensión, un sentido de culpa—”<sup>13</sup>.

Hacer visible la enormidad de los crímenes cometidos se hizo necesario, así como lo fue la inquisición de las conciencias alemanas. Y vista con más de medio siglo de distancia, parecería que eventualmente los aliados consiguieron lograr sus fines. Los términos empleados en forma ritual por los ocupantes en 1945 son los mismos términos que el público alemán y el discurso alemán utilizan hoy de manera ritual. En la vigilada esfera política alemana, las conversaciones frenadas en 1945 han dado paso a seudodebates de cantaleta ideológica desprovistos de empatía o comprensión. Pero algo más se perdió con la reeducación triunfalista impartida por los aliados y que BARNOUW intenta redescubrir en su libro, en las fotografías y diarios examinados; se trata de las respuestas a las preguntas que los aliados no fueron capaces de articular; porque hacer visibles los campos para que todo el mundo pudiera ver lo que había ocurrido en ellos necesariamente debió lograrse a costa

---

13 BARNOUW, *Germany 1945*, pág. 143.

de hacer invisibles otros escenarios y otros puntos del sufrimiento humano.

## 2. ALEMANIA 1945: LAS CIUDADES

Si “nosotros no lo sabíamos” se ha convertido en el cliché arquetípico alemán, “es lo que se merecen” fue ciertamente la respuesta de cajón a las quejas de los alemanes y a la autocompasión percibida en 1945 —una respuesta que se ha transformado en el mantra contemporáneo alemán, “nosotros nos lo merecimos”—. Lo que ellos/nosotros merecían/merecíamos fue lo que los soldados aliados y los periodistas vieron —y olieron, repetimos— incluso antes de entrar a los campos, es decir, los escombros que un día habían sido las ciudades de Alemania, sus habitantes trogloditas, y el hedor de los cuerpos putrefactos. Casi cualquier intento por hacer una crónica de las penurias sufridas por los alemanes de a pie —los refugiados del Este, dos millones de los cuales fueron asesinados o murieron de enfermedades, desnutrición y frío; las mujeres violadas, a menudo muchas veces, y con cicatrices físicas y emocionales imborrables; la población civil paralizada y destrozada, la mayoría constituida por mujeres, niños y ancianos, que sobrevivían en sótanos húmedos y cuevas bajo los escombros a dietas de hambre, sin electricidad, calefacción o agua potable con mucha frecuencia, a lo largo del invierno de 1945/1946 o el más frío aún de 1946/1947; los ex soldados, los *Heimkehrer*, lisiados, derrotados, desilusionados, desesperados, regresando de los campos de prisioneros de guerra en la Unión Soviética y Francia, y de las “jaulas” en Alemania Occidental; las altas tasas de mortalidad y mortandad infantil; las pequeñas tragedias cotidianas del mercado negro y la prostitución —todo ello, que tanto entonces como ahora sigue siendo negado, recibido con evasiones, vergüenza, justificaciones e incluso ira. ¿Cuántos de los que asisten a conferencias sobre el tema, sobre todo quienes cursan estudios germánicos o se especializan en “derechos humanos”, se han negado incluso a escuchar la lista de “miserias” que acabo de enumerar? ¿Cuántos de ustedes de inmediato reaccionaron con

racionalizaciones propias? “Se lo merecían”. “Es lo mismo que ellos le hicieron a los polacos y a los rusos”. “Imposible, no fueron dos millones”. “No sea tan melodramático”. “No se puede convertir a los perpetradores en víctimas”. “Uno siembra lo que cosecha”. Estas respuestas, que surgen de forma tan automática hoy en día, también debieron ser aprendidas. Algunos, como VÍCTOR GOLLANZ o STIG DAGERMAN en aquella época, y BARNOUW en la época actual, han encontrado la forma de equilibrar estas justificaciones necesarias con la compasión, haciendo un intento por comprender el significado emocional, psicológico y político de todos estos lugares comunes de la miseria, en los campos y entre las ruinas. La mayoría, sin embargo, pronto desarrolló estrategias retóricas para “relativizar” estas visiones, o para dejarlas de lado por irrelevantes. Las diversas reacciones al libro de JÖRG FRIEDRICH *Der Brand*<sup>14</sup> pueden servir de introducción a una versión más profunda, aunque breve, de cómo fue recibida esta interpretación.

RICHARD BERNSTEIN —quien revisó el recuento meticuloso y emotivamente articulado, golpe a golpe, casi que bomba por bomba, de FRIEDRICH, acerca de la guerra aérea contra Alemania entre 1941 y 1945— expresó su preocupación por la recepción pública alemana al libro *Der Brand*. “Pero la reacción al libro de Mr. FRIEDRICH”, escribió en el *New York Times*,

“es algo especial, más visceral y extendida, y trae a colación varios interrogantes: ¿Existe el peligro de que los alemanes confundan sus sufrimientos con el sufrimiento mucho más enorme y más imperdonable que ellos infligieron a millones de otros seres, incluyendo tanto la matanza genocida de los judíos como los ataques aéreos sobre Londres, Coventry, Varsovia y Rotterdam? ¿Se han aferrado los alemanes al libro del señor FRIEDRICH... porque les ofrece el embriagante sabor, insólito para ellos, de ocupar la cima de la moralidad?”<sup>15</sup>.

---

14 FRIEDRICH, JÖRG, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, Propyläen, Berlin, 2002.

15 KETTENACKER, LOTHAR, (ed.), *Ein Volk von Opfern? Die neue Debatte um den Bombenkrieg 1940-45*. Rowohl, Berlin, 2003 [las traducciones son nuestras].

La cima de la moralidad, como bien saben los norteamericanos, constituye una valiosa propiedad raíz. Lo que a mí me interesa a propósito de esto, sin embargo, no es quién pagará el alquiler del lote, sino por qué, para abordar el tema de la política de bombardeos inglesa o americana, hay que llevarlo precisamente a un terreno tan disputado y resbaladizo. Uno puede incluir puntos de vista morales y éticos en discusiones sobre la historia y los costos humanos de las decisiones militares y políticas, sin necesidad de proclamarse rey de ésta o aquella colina. Más concretamente: uno puede examinar cuáles fueron los costos humanos y culturales (sobre todo con relación a supuestas o aparentes ganancias), y hasta si vale la pena mencionarlas. Pero ello no parece inquietar ni al señor BERNSTEIN ni a muchos críticos alemanes del señor FRIEDRICH.

*Un pueblo de víctimas (Ein Volk von Opfern)*<sup>16</sup>, disonante colección de ensayos en respuesta a FRIEDRICH, brinda fácil acceso a diversas posturas representativas. Allí uno encuentra, por ejemplo, la ocasional valoración positiva. Torciendo el lazo de la “incapacidad para sentir el duelo” hasta más allá de los límites posibles, CORA STEPHAN alaba el libro como:

“un acto de amor, un homenaje a una historia, cuya pérdida no le fuera permitida llorar a la generación alemana de la posguerra”.

Ella también devuelve la trayectoria de la culpabilidad.

“La innegable culpa de los alemanes ha hecho posible que sus vecinos ignoren sus propias participaciones. Ahora sin embargo, las diversas evasiones comienzan a ser advertidas”.

En última instancia, STEPHAN esperaba que *Der Brand* pudiera apoyar un futuro:

---

16 BERNSTEIN, RICHARD, “*Germans Revisit War’s Agony, Ending a Taboo*”, *New York Times*, March 15, 2003.



“abandono de la certidumbre moral, esa que utilizó el enemigo para justificar sus terroríficos medios de acometer la guerra”<sup>17</sup>

—aparentemente un intento no de ocupar la alta cima de la moral sino de dejarla baldía para siempre—. WOLFGANG SOFSKY identifica la mentalidad “tú comenzaste” y las pretensiones oportunistas de que la guerra del bombardeo hubiese sido en cierta forma una respuesta dirigida a, o una retribución por el holocausto, como la “lógica confundida” de una “moralidad de catecismo de domingo” (*Kindermoral*).

“Entre la guerra del bombardeo y el genocidio no existió ni una conexión causal ni una predeterminada”.

No importa cuán crueles hayan sido los alemanes, aduce SOFSKY; no importa qué tan culpables hayan sido —y lo serán siempre por desencadenar la guerra y perseguir y asesinar a millones— la guerra aérea contra los civiles alemanes sigue siendo, a su entender, emplear el “terror” contra civiles “indefensos”<sup>18</sup>. Pero aparte de estos apasionados puntos de vista disidentes, la discusión se ha caracterizado sobre todo por el resurgimiento de tropos y recordatorios familiares, como las quejas de WILLI WINKLER en el sentido que *Der Brand* no es más que una rendición ahistórica de cuentas, comparable quizá con las reacciones autocompasivas del período inmediato a la guerra. Concluye de la manera consagrada:

“No importa nada más: los alemanes fueron los que empezaron”<sup>19</sup>.

---

17 STEPHAN, CORA, “*Wie man eine Stadt anzündet*”, in: KETTENACKER, *Ein Volk von Opfern?*, págs. 95-102 (here 98, 101).

18 SOFSKY, WOLFGANG, “*Die halbierte Erinnerung*”, in: KETTENACKER, *Ein Volk von Opfern?*, págs. 124-26.

19 WINKLER, WILLI, “*Nun singen sie wieder*”, en: KETTENACKER, *Ein Volk von Opfern?*, págs. 103-09 (aquí 106, 109). Para una discusión de este tropo último mencionado, véase el epílogo a este volumen.

Como cabía esperar, las contribuciones al otro lado del canal adolecieron aun más de simpatía<sup>20</sup>.

El supuesto desafío de FRIEDRICH al hecho de que los aliados anteriores se proclamaran en posesión exclusiva de la mítica cima moral generó quizá tal revuelo debido al temor —real o fingido— de que Alemania se unificara y las eventuales consecuencias. Es más probable, sin embargo, que otra fuera la razón. Como en el momento actual Estados Unidos es la única nación del mundo que ocupa la cima del terreno moral en lo militar, para dicho país justificar que ocupa esta cima moral es más apremiante que nunca. Como demostró la reacción cultural y política de los ochenta y los noventa, el tipo de autocríticas y dudas provocadas antes por la guerra de Vietnam están estrictamente *Verboten* o prohibidas ahora. En su lugar es preferible venerar la década de los cuarenta en las películas, la televisión y las hagiografías impresas de una generación camino de extinguirse. Además, después del 11 de septiembre 2001, los Estados Unidos podían abiertamente y con entusiasmo abrazar la anhelada medalla de la ‘victimización’ y permitir que sólo un tipo de mártires legitimados pudiera llevar a cabo ataques aéreos. Será por tanto interesante observar las reacciones de los americanos a la traducción inglesa del tomo de FRIEDRICH.

¿Será su reacción parecida a las impresiones iniciales que emitieron los americanos al ver las ruinas de las ciudades que ellos y sus aliados nocturnos habían causado? El historiador LEE KENNETT

---

20 Véase BARNETT, CORELLI, “*Die Bombardierung Deutschlands war kein Kriegsverbrechen*”, en KETTENACKER, *Ein Volk von Opfern*, págs. 171-76. BARNETT se refiere al libro de FRIEDRICH como una *historische travestie* [travestía histórica]. La obra fue publicada primero como “*Bombing of Germany Not a War Crime*” en el *Daily Mail*, el 20 de noviembre de 2002. Dicho esto, muchos de los críticos más acérrimos del Escuadrón de bombardeos y de sir ARTHUR HARRIS se encuentran entre los historiadores británicos y americanos. También debe tenerse en cuenta que durante la guerra una minoría pequeña pero visible de la ciudadanía británica —por ejemplo el arzobispo de Canterbury y la pacifista VERA BRITAIN— criticaron en público y valerosamente al gobierno por las políticas del bombardeo.

afirma que una vez Japón (cuyas ciudades fueron incendiadas a ras de tierra entre marzo y agosto de 1945) y Alemania fueron ocupadas,

“se hizo aparente la enormidad de la destrucción [y] ésta produjo cierta inquietud”.

Dicha “inquietud”, concluye, “ha permanecido en el aire” hasta hoy<sup>21</sup>. Es posible leer cómo se manifestó dicha inquietud en los artículos escritos por los corresponsales aliados que acompañaron la entrada de las fuerzas armadas a Alemania Occidental durante la primavera de 1945. Por ejemplo: al entrar en Colonia, JANET FLANNER<sup>22</sup>, corresponsal de *The New Yorker Magazine*, esperaba toparse con una población local enfurecida. Como describe en su *Carta desde Colonia* de marzo 19 de 1945,

“la ciudad es ahora un modelo de destrucción... Colonia y su pesada pompa medieval han volado por los aires. Colonia yace recostada a lo largo de su orilla, sin belleza, una masa informe contenida entre las ruinas y la soledad de la derrota física total. A través de sus congestionadas calles laterales, lo que queda de su vida, transhuma una rala población vestida de negro y cargada de bultos”<sup>23</sup>.

Al visitar el sótano donde vive una pareja ya mayor, FLANNER anota:

“Olía y se veía bastante ortodoxo, dadas las circunstancias —húmedo, oscuro, atiborrado de una mezcla de sábanas y cacerolas, fotos de familia y ropa

---

21 KENNETT, LEE, *A History of Strategic Bombing*, Charles Scribner's Sons, New York, 1982, pág. 188.

22 JANET FLANNER nació en Indianápolis en 1892 y murió en París en 1978. Su “*Letter From Paris*” bisemanal fue publicada por *The New Yorker* durante 50 años y recopilada en la publicación galardonada *Paris Journal* y otros volúmenes.

23 FLANNER, “*Letter from Cologne*” (March 19, 1945), págs. 92-93. *Janet Flanner's World. Uncollected Writings 1932-1975*, ed. IRVING DRUTMAN, introducción de WILLIAM SHAWN, Harcourt Brace, Nueva York, 1979, publicada por primera vez en *The New Yorker Magazine*.

llena de lodo—. El lodo de Colonia está compuesto en parte por papel de colgadura de las casas bombardeadas, trozos de ventanales, libros, tejados caídos de finos y vetustos edificios, y seguramente también sangre de los 200.000 muertos, la cuarta parte de su población en tiempos de paz”<sup>24</sup>.

FLANNER cae en cuenta de que la tierra baldía de Colonia muy bien podría ser típica de lo que los ejércitos de avanzada descubrirán en todas las ciudades a lo largo de su marcha hacia Berlín, y de que sus reacciones pueden amenazar convertirse en una cuestión política. Ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos fueron transparentes al explicar en qué consistían los bombardeos nocturnos, por áreas, o los diurnos, estilo aplanadora (*carpet bombing*). No es de sorprender, por consiguiente, que FLANNER temiera que los soldados se sentirían horrorizados ante los obvios estragos de lo que difícilmente podía ser descrito como bombardeos a blancos militares llevados a cabo con precisión.

Más vale evadir la cuestión utilizando la cómoda voz pasiva:

“Es razonable pensar que el panorama en ruinas de Colonia sea típico de lo que nuestro ejército verá ciudad tras ciudad en su marcha arrolladora. Como Alemania es populosa, han sido mutiladas más ciudades allí que en ningún otro país europeo... Sus ciudades... están... desmoronadas en bocados de piedra no más grandes que una mano”<sup>25</sup>.

---

24 *Ibidem*, 94. El número de víctimas mortales sugerido por FLANNER es demasiado alto. Sin embargo, la cifra de FLANNER indica la extensión de la devastación. La descripción de ALAN MOOREHEAD, corresponsal australiano del *London Daily Express*, es más vívida: “Había algo sobrecogedor en las ruinas de Colonia, algo que la mente se negaba a comprender, y los espirales de la catedral todavía erguidos milagrosamente en dirección al cielo hacían que aquel debacle fuese aún más difícil de aceptar. ... A medida que los primeros soldados caminaban haciendo ruido sobre los vidrios rotos y el concreto, se sentían más y más conmovidos con lo que veían y oían. Debajo de los escombros subía el hedor de los cuerpos putrefactos... una muralla de calor fétido, sofocante —el olor de la carne humana—”. Citado en TAYLOR, ERIC, *Operation Millennium. Bomber Harris' Raid on Cologne, May 1942*, Hale, Londres, 1987, pág. 20.

25 FLANNER, “*Letter from Cologne*”, págs. 97-98.

Colonia “voló por los aires”, las ciudades alemanas “han sido mutiladas” y “están desmoronadas en bocados de piedra”. Donde cabría en cierta lógica sentir orgullo ante lo cometido —la destrucción de Alemania fue un gran logro logístico y técnico, ejecutado por tripulaciones valerosas con enorme riesgo personal— nos topamos con una extraña modestia. Es como si las ciudades alemanas hubieran sufrido un accidente.

En lugar de evadir el tema, MARTHA GELLHORN, escribiendo desde Colonia para la revista *Collier's Weekly* alrededor de un mes después de publicados los relatos de FLANNER, remplace sin demora la descripción por la atribución de responsabilidad final:

“Colonia es una panorámica sorprendente. No nos aterra, lo que sólo sirve para comprobar que si vemos bastante de lo que sea, dejamos de percibirlo. En Alemania, cuando observas devastación total no sientes pena. Hemos sentido dolor por muchos lugares en muchos países pero éste no es uno de ellos. Nuestros soldados afirman “se lo buscaron”<sup>26</sup>.

“Dicho principio de retribución evocado hace que las condiciones en Alemania no sólo se tengan por aceptables sino también, en un sentido bíblico, por necesarias. Por tanto “no sientes pena” (sin aparente relación con la célebre incapacidad alemana para sentir) no es tanto una descripción sino una normativa, dirigida a quienes pudieran sentirse inclinados a condolerse de las muertes civiles. En el informe de GELLHORN, son los soldados rasos los que tienen la razón, tanto el guerrero veterano como el amable chico de enseguida. “Los *Krauts* no se portan bien sin motivo”, explica uno. Y otro soldado de Nueva Zelanda asegura al lector que ser humanitario no tiene nada que ver con Alemania, puesto que los alemanes “no son humanos en absoluto”. Finalmente, la sobria voz de la razón que yace cerca en la hierba concluye la narrativa de GELLHORN.

“A uno realmente no le puede gustar esta gente... más que muerta”<sup>27</sup>.

---

26 GELLHORN, MARTHA, “*Das Deutsches [sic] Volk*”, reimpresso en GELLHORN, *The Face of War*, Atlantic, Nueva York, 1988, pág. 165.

27 GELLHORN, *The Face of War*, pág. 169.

Lo preocupante en la actitud de GELLHORN es que los alemanes con quienes sí se toparon fueron de todo menos odiosos. Lo que muestran es lo que ella despectivamente llama “el deseo de ser compinches”. Para ilustrarlo, GELLHORN comparte con sus lectores la historia de un hombre cuyos cuarenta y dos familiares habían muerto enterrados en el sótano donde se refugiaban de un bombardeo. GELLHORN medita sobre la humanidad de este hombre:

“los dos soldados y yo nos sentamos en el *jeep* preguntándonos por qué nos hablaba; si las bombas alemanas mataran a cuarenta y dos familiares nuestros, no tendríamos deseo alguno de ser amables con los alemanes”<sup>28</sup>.

Sin embargo, a ella no le parece digno de estima el comportamiento contraintuitivo del hombre. Que quisiera “hacerse compinche” de miembros del ejército invasor a quienes podría considerar responsables de la acción anotada, es tenido como evidencia de cierta característica inamovible alemana —o de los *Kraut*—. El desprecio de GELLHORN es interesante porque le da la razón por partida doble. Si él se hubiera mostrado indignado, ella habría condenado su autocompasión y le habría podido espetar que él y sus familiares recibieron lo que merecían. Sin embargo, el hecho de que no demuestre ira le sirve sólo para mostrar que este hombre, a diferencia de GELLHORN y los dos soldados que la acompañan, carece de emociones humanas normales. Su falta de humanidad no es el resultado directo de su penosa condición, sino más bien un atributo derivado de la patología de su nacionalidad.

Una vez los oscuros y terribles campos se abrieron para que todo el mundo pudiera verlos, era difícil evitar que un odio visceral y basado en la superioridad moral surgiera contra los alemanes<sup>29</sup>.

---

28 GELLHORN, *The Face of War*, págs. 165-66.

29 No importa lo que sintieran inicialmente los soldados al entrar a Alemania, BARNOW se refiere a los comentarios de un amigo de que los soldados americanos tendían a preferir a los alemanes a los ‘irritables franceses’ y también se refiere a una no citada “encuesta de soldados americanos hecha en noviembre de 1945, seis meses después de la ocupación, que “mostró que casi el 80% prefería a los alemanes: les gustaba la limpieza y la diligencia de los alemanes aunque no les gustara su ‘aire de superioridad

Pocos contemporáneos de GELLHORN o FLANNER se sintieron predispuestos a describir las condiciones en las que quedó Alemania en forma diferente a estos dos conocidos autores. Nadie mostró tendencia alguna por cuestionar la moralidad, o incluso la necesidad militar de la campaña de bombardeos, así no pudieran reprimir del todo su espanto al contemplar la situación de las otrora altivas ciudades alemanas o al percibir su hedor... La culpa indiscutible de Alemania, por tanto, hace más extraordinaria si cabe la respuesta de VICTOR GOLLNACZ, autor y editor británico de extracción rusojudía. En contraposición a las observaciones de GELLHORN, GOLLAN CZ afirmó no haber observado ni servilismo ni empalagosidad entre los alemanes, y también en contraposición a GELLHORN y asociados, dicho autor no sucumbe al placer de despojar de su humanidad a los alemanes.

“No es probable que yo olvide jamás la indescriptible maldad de la que han sido culpables los nazis”,

escribió GOLLAN CZ, al visitar la zona ocupada por Gran Bretaña durante el otoño de 1946:

“Sin embargo cuando veo los cuerpos hinchados y los esqueletos vivientes en los hospitales y por todas partes... y cuando bajo al sótano de una habitación donde lucha una madre... entonces no pienso que son alemanes, sino hombres y mujeres. Estoy seguro que sentiría lo mismo en Grecia o en Polonia. Pero da la casualidad que estoy en Alemania y escribo sobre lo que observo aquí<sup>30</sup>.

---

y de arrogancia’. De quienes respondieron, el 43 por ciento culpaba a los alemanes de la guerra y el 25 por ciento los juzgaba responsables de las atrocidades cometidas en los campos”. Sigue siendo especulación si dichas opiniones tenían que ver estrictamente con el burgués sentido del orden de los alemanes o también con la fácil disponibilidad de las alemanas jóvenes, hambrientas pero de buena voluntad. Véase BARNOUW, *Germany 1945*, págs. 60-62.

30 GOLLAN CZ, VICTOR, *In Darkest Germany. The Record of a Visit*, Regnery, Hinsdale, 1947, págs. 29-30; véase también pág. 116.

### 3. EL SONIDO DEL SILENCIO

Escribir acerca de lo observado, sobre todo si se trata de conflictos vistos bajo la influencia del mapa moral que llevamos primorosamente doblado en nuestras mentes, puede resultar complicado. Esta dificultad a menudo conduce a la parálisis. Cuando cesaron las armas y ya no caían las bombas, lo que uno escuchaba era silencio. La mayoría de los informes iniciales venidos de Colonia durante la primavera de 1945 comentaban el “silencio... vacío... quietud, una especie de quietud de cementerio”<sup>31</sup> que cubría la ciudad. Nuestros padres y abuelos, que llegaron a la escena, y nosotros, los que llegamos luego, aprendimos a escuchar ese silencio en las voces de los alemanes que lucharon o, como preferimos creer, se negaron a luchar con cuestiones como la culpa y el arrepentimiento. Ahora se nos ha pedido que escuchemos nuestro propio silencio, el que algunos de nosotros impusimos a los alemanes a medida que iban saliendo de los escombros, y el que dichos alemanes y sus descendientes han aprendido a imponerse a sí mismos. Esta invitación a sacar al aire libre la discusión sobre la guerra del bombardeo (y otros aspectos de las experiencias alemanas referidas a la Segunda Guerra Mundial) y a ponerla sobre la tribuna pública, esta invitación, en otras palabras, a vencer lo que JÜRGEN HABERMAS recomendará como la necesaria “censura de la opinión pública por la opinión oficial” ha sido extendida, con cautela pero también con grave apremio, por FRIEDRICH, W.G. SEBALD, GÜNTER GRASS (en su novela corta *Im Krebsgang*) y otros que a lo largo de los años han intentado representar la violencia y el cúmulo de tragedias grandes y pequeñas que componen la guerra total.

Yo sugiero que aceptemos esta invitación y abogemos por abrir un espacio de discusión —no sólo sacando dicha discusión de los bares donde suele pronunciarse la detestable opinión común de

---

31 MOOREHEAD, ALAN, aquí citado tras ERIC TAYLOR, *Operation Millennium. Bomber Harris' Raid on Cologne*, mayo 1942, Hale, Londres, 1987, pág. 20.



HABERMAS, sino también liberándola de las claustrofobias alemana y europea, sin olvidar el narcisismo norteamericano, para así abarcar una perspectiva mucho más amplia, más acorde con nuestra llamada edad globalizada. Hubo genocidios antes del holocausto judío y hubo bombardeos contra civiles antes de Colonia, Hamburgo, Dresden y Tokio, antes de Varsovia, Róterdam y Coventry, antes de Guernica y Durango; y hoy en día continúa habiendo genocidios y bombardeos. Antes de 1937 y después de 1945, han tenido lugar diversas matanzas, llevadas a cabo principalmente por europeos y norteamericanos en Asia, África, el Medio Oriente y América del Sur, aunque ahora dichas matanzas se hayan convertido en empresas con igualdad de oportunidades. Prácticamente no le importó a nadie, y a muchos hasta les entusiasmó, que los italianos bombardearan Trípoli en 1911; menos gente todavía se ha enterado siquiera de que Inglaterra bombardeó suelo iraquí y otros lugares del imperio británico durante los períodos entre las dos guerras mundiales, o a Indochina y Kenia después de la Segunda Guerra Mundial<sup>32</sup>. Todos somos conscientes de lo ocurrido en Corea, Vietnam y Camboya, y todos sabemos lo que ocurre ahora en Bagdad. Los alemanes estaban física y espiritualmente paralizados cuando salieron de sus madrigueras durante la primavera y el verano de 1945. Nosotros estamos en buena forma física, aunque algo obesos, y espiritualmente somos devotos, quién nos oyera. Quizá, sin embargo, nos hemos paralizado en el sentido moral —o quizás somos simplemente petulantes—. El hecho de que nos importe tanto lo ocurrido entre 1937 y 1945 y no nos importe lo suficiente lo ocurrido antes, ni lo ocurrido después, quizá sea una señal de lo mal que aprendimos las lecciones de 1945 —aliados y alemanes por igual— y de lo mal que las seguimos aprendiendo —americanos y europeos por igual— en la actualidad. Quizá necesitemos aprender lecciones

---

32 Véase la refrescantemente innovadora *A History of Bombing* de SVEN LINDQUIST, traducida por LINDA HAVERTY RUGG, The New Press, Nueva York, 2001 [Swed. 1999) págs. 32-33, 47-48, 68.

nuevas, lo cual podría ser el motivo más deseable para reabrir las heridas del pasado. Llamar a la matanza a gran escala de seres humanos una “retribución justa” por el sacrificio a gran escala de otros seres humanos, sobre todo en la época actual de armas nucleares, químicas y biológicas, parecería descalificar a todo el mundo para ocupar cualquier especie de terreno moral, ya sea la cima o la sima. Por tanto, en el terreno relativamente plano que ocupamos, sólo cabe desear que hablar sobre el sufrimiento de alemanes y no alemanes por igual —el sufrimiento *humano*— que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial, estimulará a la gente a seguir hablando —no contra sus interlocutores ni señalándolos con el dedo— sino entre unas y otros, con el corazón abierto.